

Y en Vergara también debió da contraer amistad, que uno y otro habían de estrechar en París durante la tempestad revolucionaria, con un profesor de aquella escuela patriótica, entonces tan célebre como olvidado hoy, don Vicente María Santibáñez, natural de Valladolid, mediano poeta y exaltado revolucionario, á quien dió entonces pasajera fama una traducción libre de la *Heroida de Eloísa á Abelardo* de Pope (ó más bien de su imitación francesa de Corlardeau), traducción que corrió anónima, y que (como veremos más adelante) ha sido erróneamente atribuída al Abate Marchena; sirviendo hoy esta misma falsa atribución para confirmar la identidad de ideas y propósitos que entre ambos escritores suponían sus contemporáneos.

Á Santibáñez dedicó Marchena una sátira literaria en tercetos, que, á juzgar por las alusiones de su contexto, hubo de escribirse hacia el año de 1791, puesto que en ella se habla, como de cosas recientes, de la comedia de Iriarte *La señorita mal criada*, no representada hasta el 3 de Enero de aquel año, aunque impresa desde 1788; del poema *Las Majas*, de Trigueros, que es de 1789, y del *Suplemento* de Forner *al artículo Trigueros en la Biblioteca del doctor Guarinos*, que es de 1790. En esta epístola de Marchena, á vueltas de ataques virulentos, muchas veces des-

acordados, contra los escritores de mérito más diverso (confundiendo en una misma reprobación á hombres tan distinguidos como Forner é Iriarte, con ínfimos y chabacanos copleros, tales como Casal, Moncín y Laviano), no falta la expresión de los ímpetus revolucionarios en que el autor y su amigo Santibáñez coincidían:

Los pensamientos nobles son proscritos
Antes de ver la luz, y sofocados
De la santa verdad los libres gritos.

.....
Al esclavo el pensar no le fué dado;
Natura al que no hinca la rodilla
Al tirano, este dón ha reservado.

Son, poco más ó menos, los mismos pensamientos que pocos años después había de expresar Quintana con tan brioso empuje en el soberbio principio de la oda *A Juan de Padilla*:

Todo á humillar la humanidad conspira;
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder.....

Pero ¡qué distancia entre el verdadero poeta y el adocenado versificador, que, á pesar del fanatismo que siente en el alma, no acierta á

expresarle sino con formas torpes, confusas y desgarbadas!

Para propagar sus ideas fundó Marchena, probablemente en colaboración con Santibañez, una llamada *Sociedad Literaria*, con visos de sociedad secreta y de logia masónica. No hemos podido averiguar en qué punto de España funcionaba. El único documento que nos queda de su existencia es un *discurso* en verso suelto, que leyó Marchena en su *apertura* ó inauguración, y comienza:

¡Miseria humanidad! Las sombras sigue,
Y afana por labrarse sus cadenas.....

Comienza el poeta por invocar los manes del virtuoso Sócrates, del inflexible Catón,

Y el que siguió sus huellas dignamente,
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,
Y modelo á los siglos venideros.....

y luego, recordando pensamientos y frases de Lucrecio, á quien poco antes había traducido, invitaba á sus amigos á aquel sereno templo de Minerva, desde el cual podía el sabio contemplar tranquilo

El luchar de los vientos, las tormentas,
El Euro batallando con el Noto,

A su soplo agitado el mar insano,
Y el naufragar amargo de los tristes
..... que en las ondas
Sañudas con dolor el alma exhalan.

Seguían las acostumbradas declamaciones contra el despotismo y la intolerancia, y proponíase como principal ocupación de aquellas juntas el estudio de los derechos del hombre,

que ignorados
Del hombre mismo fueran tantos siglos.....

sin perjuicio de que con estas serias lucubraciones alternasen estudios más amenos, y sobre todo *el amable trato de las Musas*; con lo cual Marchena logra pretexto para sacrificar de nuevo á sus predilectas víctimas literarias:

Ni negará Terpsicore sus sales
Alguna vez, cuando burlar queremos
Los frios Iriartes, los Trigueros
Insulsos y pesados, la insufrible
Charla de Vaca, y el graznar continuo
De la caterva estúpida, que infecta
De dramas nuestro bárbaro teatro.
Apolo templará su acorde lira
Cuando de Jovellanos y Batilo,
Del dulce Moratin y Santivañes
Los loores cantemos, por quien alzan
Su voz las patrias Musas, que yacieran
En sueño profundísimo sumidas.

Á esta misma sociedad, en la cual parece evidente el doble carácter de academia literaria y de centro de conspiración más ó menos platónica (probablemente la más antigua de su género que se formó en España), aluden estos otros versos de la epístola *Á Emilia*:

De la santa amistad y de las ciencias
 Al sagrario acogidos, los profanos
 Asestarán en balde sus saetas
 Contra nosotros. Ora, la balanza
 Y el compás de Neutón en nuestra mano
 Teniendo, aquel cometa seguiremos
 En su alongada elipse. Ora á Saturno
 Y á Júpiter pesando, las distancias
 De Marte á nuestra tierra mediremos,
 Ó bien por el calor de nuestro globo
 Su edad sabremos. Ora calculando
 El infinito mismo, que no es dado
 Al hombre conocer, numeraremos,

 Ó bien hasta el eterno nuestras almas
 Por grados elevando, nuestras manos
 Puras de iniquidad levantaremos
 Á la extensión inmensa, do el muy alto
 Habita todo en todo.....
 y en tranquila
 Paz el último día aguardaremos,
 Do el alma nuestra, libre de cadenas,
 De Marco Aurelio y Sócrates al lado,
 En la contemplación del universo
 Gozará de placeres inefables.....

La mayor parte de los versos de Marchena contenidos en el manuscrito de la Biblioteca de la Sorbona, de que luego daremos cuenta, son indudablemente anteriores á su salida de España. Abundan en esta colección las poesías amorosas; y, contra lo que pudiera esperarse de la vehemente índole y del temperamento inflamable de su autor, son casi todas extremadamente frías: labor de pura imitación, en que el autor sigue por punto general las huellas de Meléndez, sin vislumbre alguna de carácter propio. En la poesía erótica, Marchena resulta amanerado é insulso, y la flaqueza de sus dotes poéticas parece más visible en este género que en ningún otro. Habiendo sido hombre extraordinariamente sensual y libidinoso, según el testimonio de todos los que le conocieron, ni siquiera acertó á expresar nunca con calor estos bajos apetitos suyos. Pero, como materialista teórico y práctico, quemó sucesivamente incienso en las aras de muchas deidades, cuyo recuerdo queda en sus poesías: *Belisa* y la sabia *Emilia*, deidades del Tormes la una y la otra: *Licoris* la del *bruñido cabello de azabache* y *alta frente*, cuyas caricias le retenían en las orillas del Betis, y le hacían olvidarse hasta

del congreso sagrado
 Que en Francia destruyó la tiranía

y á la cual invitaba al placer en agradables versos, mezclando reminiscencias de Horacio, de Catulo y de Tibulo:

Tú escucha del Amor la soberana
 Voz que al deleite agora te convida;
 Que está la edad en su verdor lozana.
 Huye la primavera de la vida
 Cual un ligero soplo, un breve instante,
 Y nunca torna, si una vez es ida.
 Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante
 Que agora sólo espera en tus amores
 Y que esquivas más dura que diamante,
 Lejos huirá de ti.....

Todavía hay que añadir á esta lista, no menos poblada que la de D. Juan, los nombres de la bella *Francisca*, con quien el autor había ido en su niñez á la escuela, y que fué sin duda su pasión más inocente; los de las tres hermanas Magdalena, Catalina y Alcinda, á quienes dirige versos más bien galantes que amorosos; y el de aquella *beldad peregrina* que desde el *hesperio suelo pasó á las Galias*, y que parece ser la misma á quien en otra elegía llama *Minerva Aglae*.

Como Marchena, á pesar de su entusiasmo erótico, no tenía ni calor de afectos ni viveza de fantasía, pero sí muchas humanidades y familiar trato con los clásicos, parece mucho más aventajado poeta cuando traduce ó imita que

cuando expresa por cuenta propia sus versátiles enamoramientos. Por eso los mejores trozos de esta primera época suya están en sus traducciones de algunas elegías de Tibulo y de Ovidio, las cuales, á parte de cierta bronquedad y dureza de estilo de que no pudo librarse nunca Marchena ni en verso ni en prosa, y que contrastan con la blanda manera de los poetas á quienes interpretaba, demuestran, por lo demás, un estudio nada vulgar ni somero de la lengua poética castellana, y se recomiendan por un agradable dejo arcaico. Marchena, por una contradicción que en su tiempo no era rara, y que también observamos en Gallardo y en otros, era foribundo revolucionario en todo menos en la literatura y en el lenguaje. Su larga residencia en Francia, y el hábito continuo que tuvo de escribir y aun de pensar en francés, pudo contagiar su estilo de bastantes galicismos, especialmente en algunas traducciones que hizo, atropelladas y *de pane lucrando*, pero luego se verificó en él una reacción violenta hasta llegar á la manera artificiosa y latinizada del famoso discurso preliminar de sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*.

La política, que tanta parte ocupó en la vida del Abate Marchena, no la tiene menor en sus versos, y suele aparecer donde menos pudiera esperarse. Hasta en las odas eróticas encuentra

modo de ingerir el inevitable ditrambo en loor de la Revolución francesa:

El pueblo su voz santa
Alza, que libertad al aire suena.....
¿Quién podrá dignamente
Cantar los manes de Rousseau, clamando
Libertad á la gente,
Del tirano el alcázar derrocando,
La soberbia humillada,
Y la santa virtud al trono alzada?

La más antigua de sus poesías exclusivamente políticas parece compuesta poco después de la toma de la Bastilla, á la cual aluden de un modo terminante estos versos:

Cayeron quebrantados
De calabozos hórridos y oscuros
Cerrojos y candados;
Yacen por tierra los tremendos muros
Terror del ciudadano,
Horrible baluarte del tirano.

Los versos de esta oda son medianos y declamatorios, como casi todos los versos líricos de su autor, pero tienen curiosidad histórica, por ser sin disputa los más antiguos versos de propaganda revolucionaria compuestos en España. Diez años antes de que Quintana pensase en escribir la oda *A Juan de Padilla* y la oda *A la Imprenta*, exclamaba el Abate Marchena,

aunque á la verdad con bronco y desapacible acento:

Dulce filosofía,
Tú los monstruos infames alanzaste;
Tu clara luz fué guía
Del divino Rousseau: tú amaestraste
Al ingenio eminente
Por quien es libre la francesa gente.
Excita al grande ejemplo
Tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados
Grillos, y que en el Templo
De Libertad de hoy más muestren colgados
Del pueblo la vileza
Y de los reyes la brutal fiereza.

Quien tales versos escribía en 1791, es claro que no podía permanecer mucho tiempo en España. No obstante su juventud y la obscuridad de su persona, sus manejos no podían permanecer enteramente ocultos; y aunque haya notoria exageración en los seis años de persecuciones que él se atribuye, no hay duda que la atención del Santo Oficio hubo de fijarse en él, y que, temeroso de ser encarcelado, buscó refugio en Gibraltar, donde se embarcó para Francia en Mayo de 1792 (1). Tenía entonces veinticuatro años.

(1) Mr. Latour, en el artículo ya citado de *Le Correspondant*, consigna como tradición oída en Sevilla que fué

Un Mr. Reynón, de San Juan de Luz, que le conoció poco después de su llegada, nos da muy curiosas noticias de su persona en ciertas Memorias que dejó inéditas, y de las cuales hemos obtenido un extracto por mediación de nuestro amigo el ilustre vascófilo inglés mister Wentworth Webster, residente años hace en Sare (1).

Reynón dice que Marchena era abogado, le supone equivocadamente hijo de Madrid, y hace de él el siguiente retrato: «Su estatura no pasaba de cuatro pies y ocho pulgadas. Tenía el rostro picado de viruelas y las narices larguísimas. Era muy suelto de cuerpo y de lengua. Hablaba y escribía bastante bien el francés. Le vimos por primera vez cuando llegó á San Juan de Luz en 1792, entusiasmado hasta el delirio con la idea de vivir en el país de la libertad y de embriagarse con ella. Lo primero que hizo fué alistarse en el club jacobino de Bayona, adoptando con furor todos los principios de la Montaña. Formó parte de la *Socié-*

D. Alberto Lista quien advirtió á su condiscípulo Marchena el peligro que le amenazaba, para que tuviera tiempo de ponerse en salvo.

(1) Reynón murió en Bayona en 1842. Los extractos de sus Memorias están tomados de un libro de misceláneas que perteneció al capitán Duvoisin, traductor de la Biblia al vascuence (dialecto laburtano) bajo los auspicios del príncipe L. L. Bonaparte.

dad de los Hermanos y Amigos Reunidos, en la cual se admitía la más ínfima canalla, y hasta al verdugo mismo, cuyo nombre habían cambiado los Representantes de la Convención en el de *Vengador*.»

Marchena pronunció en este club un discurso que fué impreso aquel mismo año en un cuaderno de 14 páginas en 8.º en casa de Duhart Fauvet, y que sería probablemente su primer escrito en francés. No hemos podido hallarle, y sólo conocemos de él la siguiente frase campanuda que cita Reynón: «Pongamos sobre nuestras cabezas el gorro de los hombres libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.»

Reynón, que era furibundo realista, añade que el discurso de Marchena estaba «lleno de infames pensamientos que sólo el espíritu del demonio podía haber dictado»; pero á juzgar por la muestra, el demonio no se había lucido mucho en su colaboración, y los *infames pensamientos* más traza tienen de lugares comunes propios de una declamación estudiantil escrita en la jerga revolucionaria de aquel tiempo.

«Marchena (añade Reynón) obtuvo un gran éxito de tribuna entre los descamisados. Pero pareciéndole Bayona corto teatro para su ambición, pasó muy pronto á París, donde escribió en un periódico terrorista y formó parte del club de los Jacobinos.»

El periódico de que Marchena fué colabora-

dor era nada menos que el famoso *Ami du Peuple*, dirigido y redactado en su mayor parte por Marat, oriundo de España, aunque nacido en Suiza, y amigo de varios refugiados españoles, especialmente de un cierto Guzmán que fué condenado á muerte en 1794 como complicado en el proceso de Danton. Quizá por mediación suya entró Marchena en relaciones con el famoso terrorista; pero como en medio de todos sus extravíos conservase siempre nuestro Abate cierto fondo de humanidad y de hidalguía, no tardó en desavenirse con el tremendo y sanguinario personaje á quien ayudaba con su pluma, y comenzó á mirar con ceño las máximas de exterminio que en todos los números de aquel papel se propalaban. No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase enteramente del bando Jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le dirigían, y se pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot. Y cuando Marat sucumbió bajo el hierro de Carlota Corday, Marchena, que se hallaba entonces en las cárceles del Terror, saludó á la hermosa tiranicida con un himno vengador, que no puede parangonarse seguramente con la hermosa elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, digna de ser grabada en el más puro mármol de la antigüedad, pero que no deja de

contener versos enérgicos y expresiones dictadas por una exaltación vehemente y sincera:

Salve, deidad sagrada;
Tú del monstruo sagrado libertaste
La patria; tú vengaste á los humanos;
Tú á la Francia enseñaste
Cuál usa el alma libre de la espada,
Y cuál sabe inmolar á sus tiranos.

.....

De tu pueblo infelice
Sé deidad tutelar. ¡Oh! No permitas
Que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
Con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
El brazo que le libra. ¡Ay que tan bello
Heroísmo es perdido,
Y pesa más el yugo aborrecido!

Que en las negras regiones
Las Furias hieran con azote duro
Del vil Marat el alma delincuente;
Que en el Tártaro oscuro
Sufra pena debida á sus acciones,
Y del gusano eterno el crudo diente
Roa el pecho ponzoñoso,
¿Será por eso el pueblo más dichoso?

La libertad perdida
¡Ay! mal se cobra: en pos de la anarquía
El despotismo sigue en trono de oro;
Su carro triunfal guía
La soberbia opresión; la frente erguida,
Va la desigualdad, y con desdoro

El pueblo envilecido
 Tira de su señor el carro, uncido.
 ¡Oh diosa! Los auspicios
 Funestos de la Francia ten lejanos:
 Torne la libertad á nuestro suelo;
 Así, con puras manos,
 Los hombres libres gratos sacrificios
 Te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
 Donde asistes, clemente
 Protege siempre á la francesa gente.

Pero no adelantemos el curso de los sucesos. A fines de Diciembre de 1792, Marchena, que ya había roto definitivamente con la Montaña, fué recomendado por Brissot al Ministro de Relaciones Exteriores, Le Brun; y le dirigió desde Bayona la curiosa carta que ya hemos tenido ocasión de citar, en que, presentándose como «un amigo de la libertad que arde en deseos de verla triunfante en su patria, sometida al más violento despotismo por muchos siglos», le ofrece sus servicios para propagar las ideas de la Revolución en España, «si es que Francia piensa seriamente en declarar la guerra á los Borbones españoles». Y como muestra de su literatura propagandista, le envía varios ejemplares de una alocución á los españoles, la cual había hecho imprimir y circular en la Península, dando motivo con esto á que el Gobierno de Carlos IV mandase secuestrar todos sus bienes.

Esta alocución está en castellano, como era natural; pero el autor se finge francés; «yo no he estado nunca en vuestro país», dice; disimulación que, por lo visto, no impidió que todos reconocieran su estilo, y que se procediese contra él jurídicamente. Existen de ella dos textos diversos, uno manuscrito y otro impreso. Contra lo que pudiera creerse, el primero no es el esbozo del segundo, sino una refundición posterior que lleva la fecha de 1793, con notables supresiones y adiciones. Entre lo suprimido está una impertinente digresión literaria, en que Marchena (¡en un manifiesto político!) se desataba contra varios escritores de su tiempo, en especial contra Forner, á quien parece haber profesado particular inquina, bien explicable por ser antípodas el uno del otro en sus principios sociales y filosóficos. El contenido político de ambas proclamas es casi idéntico: en una y otra las invectivas contra la Inquisición ocupan largo espacio, y en una y otra se aboga por la inmediata reunión de Cortes, si bien en la primera predomina más el espíritu histórico, se invocan los manes de Padilla y hasta se solicita para la obra de regeneración nacional el concurso del clero, de la nobleza y de las clases privilegiadas. El Sr. Morel-Fatio hace notar oportunamente que en ambos documentos hay muchas reminiscencias del fa-

moso *Avis aux Espagnols*, de Condorcet. Para que se forme completa idea del extravagante y declamatorio documento de Marchena, no tenido en cuenta hasta ahora por los que han tratado de nuestra guerra contra la República Francesa en 1793, reproducimos aquí la segunda redacción íntegra, y los pasajes más importantes de la primera que fueron suprimidos después (1).

«AVISO AL PUEBLO ESPAÑOL (2)

»El tiempo llegó ya de ofreceros la verdad; en vano vuestro tirano querría sofocarla; el pays de la libertad, el pueblo soberano os ofrece un asilo en Francia en el seno de los defensores de la humanidad representada en los derechos imprescriptibles del hombre, cuyas semillas fecundas producirán un día la felicidad de todas naciones, derrivando de los sumptuosos tronos la superstición y la tiranía para colocar sobre él la igualdad y la razón; puesto que la naturaleza no destinó el hombre á ser esclavo del hombre; la superstición y la ignorancia solo

(1) Archivo del Ministerio de Relaciones Extranjeras, España, vol. 635, pieza 128. Debemos comunicación de estos papeles á nuestro amigo Morel-Fatio.

(2) Va reproducido con la ortografía del original, corrigiendo sólo las erratas evidentes. El lenguaje es incorrectísimo é indigno de Marchena; pero quizás escribió así de proposito, para hacer pasar esta proclama por obra de un francés.

podieron esclavizar los hombres; pero, ahora que la razón se manifiesta, guerra á los hipócritas y opresores.

»¿Quién creará que una nación como la vuestra, se imagina que los franceses se hacen entre ellos una guerra cruel? ah Españoles! pueblo belicoso y magnanimo, avrid los ojos y aprended á aborrecer los infames impostores que os engañan para esclavizaros; representando os los franceses como enemigos de Dios... siendo así que han jurado á la faz de los cielos fraternidad y tolerancia recíproca; pues aquí el judío socorre al christiano, el protestante socorre el católico; los odios de religion son desconocidos, el hombre de bien es estimado, y el perverso despreciado. Si la religion de Jesus es el sistema de la paz y de la caridad universal, quienes son los verdaderos christianos? Creo son los que socorren á los hombres como buenos hermanos, y no los que los persiguen y matan porque no adoptan sus ideas religiosas. Christo no vino armado para inculcar su religion, predicó sus doctrinas sin forzar los hombres á seguirla; y vuestra Inquisición no cesa de avrir sus cavernas espantosas para llenarlas de aquellos (1).

(1) En la segunda proclama, este pasaje, aunque conforme en lo sustancial, está redactado de diverso modo: «¿Quiénes son los verdaderos cristianos? Nosotros, que socorremos á todos los hombres, que los miramos como nuestros hermanos, ó vosotros, que perseguís, que prendéis, que matáis á todos los que no adoptan vuestras ideas?

»Vosotros os llamáis cristianos: ¿por qué no seguís las

»Yo no he estado nunca en vuestra nación: el nombre solo de Inquisición me hace erizar los cabellos; pero los viajeros que le han corrido, y vuestros mejores libros que he leído, me han hecho formar una idea cabal de vuestra nación. Decidme si vuestra Inquisición no ha perseguido siempre mortalmente á los hombres de talento desde Bartolomé de Carranza y fray Luis de Leon hasta Olavide y Bails? La Bastilla tan detestada y con tanta razon entre nosotros tiene algo de comparable con vuestro odioso y abominable tribunal?....

»La Bastilla era una prision de estado, como otras mil de la misma especie, que el despotismo que sólo puede conservarse por medios violentos mantiene en todas partes, pero ni los presos eran deshonorados, ni la opinion pública infamaba las familias, ni la infeliz víctima se veía privada de todo consuelo; sus reclamaciones llegaban á los ministros, y los ministros pueden aplacarse; pero quién aplacó jamás á un inquisidor?

»Las otras naciones han adelantado á pasos de gigante en la carrera de las ciencias, y tu, patria de los Sénecas, de los Lucanos, de los Quintilianos, de los Columelas, de los Silios, donde está, ay! tu

máximas de vuestro legislador? Jesús no vino armado de poder á inculcar su religion con la fuerza de la espada; predicó su doctrina sin forzar á los hombres á seguirla. Defensores de la causa del cielo: ¿Quién os ha encargado de sus venganzas? ¿El Omnipotente necesita valerse de vuestra flaca mano para extirpar sus enemigos? ¿No pudiera fulminar el rayo contra los que le ofenden, y aniquilarlos de un soplo?»

antigua gloria? El ingenio se preparaba á tomar el vuelo, y el tizon de la inquisición ha quemado sus alas; un padre Gumilla, un Masdeu, un Forner, esto es lo que oponen los Españoles á nuestro sublime Rousseau, al divino pintor de la naturaleza, nuestro gran Buffon, á nuestro profundo historiador político, el virtuoso Mably, al atrevido Raynal, á nuestro armonioso Delille y nuestro universal Voltaire.

»No es ya tiempo de que la nacion sacuda el intolerable yugo de la opresión del pensamiento? no es tiempo de que el gobierno suprima un tribunal de tinieblas que deshonor hasta el despotismo?.... ¿A qué fin hacer de los hombres unos seres automáticos? Tanto vale mandar á hombres máquinas como dar cuerda á relojes. El sistema actual del gobierno parece ser el de aligerar el peso que carga sobre los hombros de los Españoles, pero el primer paso de toda mejora es destruir la inquisición por sus fundamentos. No calumniemos al pueblo; los perversos pueden engañarle, pero quando se le presenta el bien lo abraza con ansia, y besa con entusiasmo la mano de donde le viene. Yo he consultado á muchos Españoles que viajan por mi patria, todos anhelan ver la inquisición por tierra, pero algunos me han insinuado que hai hombres de mala fe, que fingen creer que la nacion engañada podria oponerse á esta medida. Oposición del pueblo en España; donde el monarca es todo-poderoso, donde las luces no obstante todas las precauciones se han difundido harto más de lo que se piensa! Ah! tiemblen más antes los tiranos de que el pueblo oprimido en todos los puntos de contado

no estalle con una explosion tan terrible, que destruya todos los hipócritas y todos los opresores.....

»Igualdad, humanidad, fraternidad, tolerancia, Españoles, este es en cuatro palabras el sistema de los filósofos que algunos perversos os hacen mirar como unos mónstruos.....

»Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el despotismo religioso; *este es la convocacion de vuestras Cortes*. No perdais un momento, sea *Cortes, Cortes* el clamor universal.....

»Españoles, el *deficit* de vuestro erario aumenta á medida que crecen vuestras imposiciones; vuestro pais que la naturaleza dotó de todo, carece de todo, porque una constitucion *tabifca (sic)*, y un gobierno famélico devoran vuestra más pura substancia. Campos de Villalar, sepultasteis á caso con los generosos Heroes defensores de la libertad la energia, y el patriotismo de la Hesperia?..... Manes de Padilla, y tú grande alma de D.^a María Coronel (*sic*) que lloras en la tumba la cobardía de tus descendientes, inspira á los Españoles aquel valor con que defendiste en las murallas de Toledo las últimas reliquias de la moribunda libertad. Clero, nobleza, clases privilegiadas, qué sois vosotras en un gobierno despótico? Las primeras esclavas del Sultán. El despotismo es el verdadero nivelador: queréis ver la imagen de este gobierno? Tarquino cortando los cogollos de las adormideras.

»La ignorancia más crasa de los principios fundamentales de la formacion de nuestras Cortes es la que puede hacer temer á la nobleza la destruccion de las distinciones, al clero de sus privilegios abusivos, y á la corona de sus justas prerogativas. En

vano los ignorantes ó los mal intencionados os asustan con el ejemplo de la Francia; los estados generales de esta nacion no tenian reglas fixas ni límites invariables, y vuestras Cortes los tienen, y bien señalados. La Francia necesitaba de una regeneracion; la España no necesita mas que de una renovacion. Esta verdad solo pueden contestarla los charlatanes de política que no saben que las Cortes de Aragon y de Cataluña eran el mejor modelo de un gobierno justamente contrapesado. Si mis ocupaciones me lo permiten; si el pueblo español clama por las Cortes, yo escribiré, refugiado á un pueblo libre, qué eran estas Cortes.

»Los franceses han hecho su Constitucion con el fin de ser felices, y no con el de hacer infelices á los demas hombres; por consiguiente no quieren conquistar á nadie, no quieren apoderarse de ninguna propiedad, pero lo que quieren es destruir los tiranos, que no trabajando, aspiran á hacer uso y disponer de las propiedades y del trabajo de los pobres á su fantasia, invirtiendo ese trabajo en sus infames placeres, y en forjar hierros para aprisionar á los hombres, á quienes para engañarlos los llama *queridos hijos y vasallos*.

»Paz, y guerra llevarán consigo los Franceses; Paz á los hombres, y Guerra á los tiranos Reyes.

»Si algun daño ocasionasen las tropas, la Francia jura y afianza pagarlo como lo ha hecho en Courtray y Alemania (1).»

(1) Impreso s. l. n. d. de 2 ff. in 4.^o (E. 8. p. 634, pièce núm. 164.)

II

Aunque el manifiesto de Marchena pareciese muy propio para convertirse en catecismo de los adeptos españoles de la Revolución francesa, no satisfizo sin embargo á todos los emigrados, entre los cuales, por imposible que parezca, los había mucho más violentos que él. Uno de los que le desaprobaron fué Guzmán (amigo de Danton y furibundo terrorista) (1), el cual extendió sus críticas al len-

(1) Á este Guzmán dirigió Marat, poco antes de morir atravesado por el puñal de Carlota Corday, la siguiente carta:

«Esos bárbaros, amigo mío, no me han querido dejar el consuelo de morir en vuestros brazos, pero llevo conmigo á la tumba la consoladora idea de que eternamente quedará grabada mi imagen en vuestro corazón. Este pequeño obsequio, por lúgubre que sea, os hará recordar el mejor de vuestros amigos: llevadle en memoria mía. Vuestro hasta el último suspiro.—MARAT.»

Estas líneas, escritas por la mano temblorosa del moribundo terrorista, fueron enviadas á Guzmán, que las conservó consigo hasta la muerte en una especie de relicario de tafetán negro.

El facsímile de esta carta está en el libro de Dulaure *Esquisses historiques sur les principaux événements de la Révolution* (París, 1823), t. II, cap. X, pág. 455.

Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución Francesa* (tomo IX, 1857, pág. 85), dice que el documento presenta

guaje, que encontraba bárbaro, y á las faltas de ortografía, que efectivamente hormiguan en la proclama de Marchena (1). Le Brun había organizado en la frontera dos comités de propaganda revolucionaria compuestos de españoles, uno en Bayona y otro en Perpiñán. Designado Marchena para formar parte de uno

signos evidentes de autenticidad, pero que no parece creíble que Marat, moribundo y traspasado de parte á parte, tuviera fuerzas para coger la pluma. Opina, pues, que esta carta debió de ser escrita la víspera ó dos días antes, pero su contexto parece que lo contradice.

(1) *Citoyen Ministre!*

Le hazard m'a mis aujourd'hui entre les mains une brochure qui sort de Vos Bureaux, qui a pour titre Aviso á Los Españoles; je croirais donner une preuve d'incivisme si je passais sous silence mes observations sur une brochure destinée sans doute à éclairer les Espagnols.

1.º *On peut dire avec vérité qu'elle n'est pas du tout écrite en espagnol; les contresens, les fautes d'orthographe et les barbarismes sont en si grand nombre, qu'on est réduit après l'avoir lue, à se demander à soi-même ce qu'on a voulu dire; quant au peuple, il est des faits qu'il n'y entendra rien, les gens instruits, s'ils ont la patience de la lire, n'auront pas le courage de la soutenir.*

2.º *Je crois que l'auteur ne connaît pas parfaitement bien l'espagnol; s'il l'avait connu, il aurait cherché à parler au peuple le langage qu'il entend....*

GUZMÁN.

Paris, le 4 mars l'an 2 de la République.

Rue neuve des Mathurins núm. 36.

(Esp. 635, piece 194.) (Comunicación del Sr. Morel-Fatio.)

de ellos, dirigió al Ministro, en 23 de Diciembre de 1792, una *Memoria* en francés, bastante más sensata que sus alocuciones.

«Nada es más contrario (decía) á los principios del buen juicio que obrar sin un plan determinado. El comité revolucionario establecido en las fronteras de España tiene por objeto preparar y acelerar la revolución. Pero este fin tiene que ser muy vago, mientras no se defina lo que se entiende por revolución, cuál debe ser la que ha de operarse en España, y cuáles son los medios que se han de poner en práctica para hacerla triunfar.

»Hay un axioma de eterna verdad en todas circunstancias y en todos tiempos, y es que los hombres consultan más bien la experiencia de lo que se ha hecho que la razón de lo que debería ser. Nunca hubiera llegado Francia al grado de libertad de que ahora goza, y que va á consolidarse por la caída de los tiranos que la rodean, si se hubiese hablado en el primer momento de una Convención Nacional que había de establecer la República sobre las ruinas del trono. Los franceses del 88 creían de buena fe que sus mayores habían sido libres en tanto que se dejó oír la voz de sus Estados Generales, y no suspiraban más que por su restablecimiento. Los filósofos, hombres de Estado que conocían toda la imperfección de estas corporaciones aristocráticas, se guardaban muy bien de entibiar el ardor impaciente del pueblo. Creían, por el contrario, que el remedio de todas las imperfecciones inherentes á la constitución de los Estados Generales

estaba en estas mismas asambleas, y solamente en ellas. La experiencia ha desmostrado que no se engañaban en esto.

»Hombres que no son ni filósofos ni estadistas se han aventurado á decir que el comité revolucionario de España no debía hablar de la convocatoria de Cortes; es decir, en otros términos, que el comité revolucionario no debía hablar de revolución. Y entonces los españoles podrían decir: «*Los franceses nos traen la libertad, según dicen, pero no nos la presentan con las formas con que nosotros la hemos conocido.* ¿Con qué derecho pretenden prescribírnos reglas sobre la manera de ejercer nuestra soberanía? ¿Con qué derecho se atreven á cambiar la manera de expresar la voluntad general, que nosotros habíamos adoptado antes que la nación hubiese decidido sobre sus inconvenientes? No es la libertad lo que nos ofrecen: nos prescriben leyes imperiosas, dándose por nuestros libertadores. No hemos hecho, pues, más que cambiar de esclavitud, porque una nación es siempre esclava cuando obedece á otra voluntad que la suya, ya sea esta voluntad la de un rey, ya la de otro pueblo.» ¿Y qué habría que responder á este lenguaje? ¿Cómo queréis interesar á los demás pueblos para que rompan sus cadenas si ven que les preparáis otras nuevas?

»Aun en los tiempos de más espantoso despotismo no olvida un pueblo las instituciones que le han garantido en otros siglos una suma mayor ó menor de libertad. El pueblo español se acuerda siempre de sus Cortes, y en el año 89 el público recibió con la más violenta indignación una pieza en que se